

Los primeros en llegar



Los equipos de Control de Combate del EADA localizan, establecen y protegen las pistas de aterrizaje de las aeronaves que despliegan en zona de operaciones



Antes de que una agrupación aérea táctica expedicionaria llegue a zona de operaciones, antes incluso de que despliegue el personal de protección de la fuerza, los Equipos de Control de Combate (CCT) del Escuadrón de Apoyo al Despliegue Aéreo (EADA) del Ejército del Aire ya están allí. Son los primeros en llegar, los encargados de localizar, identificar y señalar las zonas de lanzamiento y aterrizaje que necesita el resto de la fuerza para desplegarse. En un tiempo record establecen un *aeropuerto* donde antes no había más que tierra, balizan el principio y final de la pista según las normas establecidas y señalan la zona de aterrizaje más recomendable para cada aparato.

Pero su trabajo no acaba ahí. Los miembros de los CCT también se encargan de controlar el tráfico aéreo y facilitar a las aeronaves su aproximación a pista. Para ello comunican a las tripulaciones, entre otros, los datos meteorológicos más significativos de la zona (visibilidad horizontal y vertical, techo de nubes, viento en superficie, en altura, etcétera), las medidas de la pista y, si fueran necesarias, instalan ayudas a la navegación. Son, a todos los efectos, como los controladores de cualquier torre de un aeropuerto pero con la capacidad de insertarse mediante lanzamientos paracaidistas detrás de las líneas enemigas.

De hecho es así como generalmente comienza un despliegue. «Lo ideal es que realicen el salto lejos de la zona de operaciones, a alta cota, en lanzamiento manual con oxígeno (HALO/HAHO) y en condiciones de baja visibilidad o nocturno», explica el capitán David Ureta. El punto de caída no suele coincidir con la zona del objetivo a la que los integrantes del CCT se aproximan por tierra. Lo hacen cargados con el material necesario para protegerse y ser autosuficientes durante 48 horas. «El peso del equipo es fundamental. Tenemos que llevar todo lo necesario y, al mismo tiempo, que pese lo menos posible. Unos pocos gramos llegan a ser fundamentales», puntualiza el jefe del CCT, sargento Ricardo Martín. Protegidos con chalecos balísticos, portan una ametralladora ligera, fusiles *HG36* —con el cañón más corto para evitar que se enganche con el paracaídas durante el lanzamiento—, lanzagranadas, pistolas *VSP*, brújulas, visores, dos emisoras de transmisiones y una estación meteorológica, entre otro material. Además, llevan por duplicado el equipo necesario para señalar las pistas de aterrizaje.

La composición de los CCT varía en virtud de la misión encomendada con un máximo de 16 personas y un mínimo de dos, en cuyo caso, ambos serían controladores aéreos titulados y, por tanto, los responsables de realizar las comunicaciones tierra-aire con las aeronaves que se aproximan a la zona de operaciones.

Los aspirantes a controladores de combate deben superar unas pruebas muy exigentes tanto físicas como de orientación y progresión paracaidista. Y, posteriormente, realizar un curso de tres meses y medio de duración en el Grupo de Escuelas de Matacán (Salamanca), donde los alumnos reciben instrucción, tanto teórica como práctica, sobre los procedimientos de control, y en la Escuela Militar de Paracaidismo donde se familiarizan con los distintos métodos de inserción (paracaidista en apertura manual y automática, *fast-rope*, *bellicasting*, etcétera) y los procedimientos de trabajo específicos de los CCT en las zonas de lanzamiento y aterrizaje.

Desde el año 2005, un equipo se encuentra permanentemente desplegado en Afganistán en apoyo a las operaciones aerotáticas que se realizan en la *Landing Zone* de Qala-i-Naw.

Elena Tarilonte



«La inserción paracaidista es la menos peligrosa para el avión que nos transporta»

■ Sargento Ricardo Martín Franco, jefe de Equipo de Controladores de Combate

«NOS PREPARAMOS PARA CUALQUIER SITUACIÓN»

El sargento Ricardo Martín es el responsable de coordinar, supervisar y dirigir a su equipo. «Y cuando estamos operando, el que habla directamente con los aviones para guiarlos», puntualiza. Si en un aeropuerto con todos los medios técnicos es la torre de control la que proporciona esta información, él lo hace desde lugares donde, muchas veces, no hay nada. «En Afganistán, hemos llegado a utilizar calles desiertas como pista de aterrizaje», añade. «Tenemos que estar preparados para afrontar cualquier situación».

Burgalés, de Salas de los Infantes, el sargento Martín lleva 4.000 controles de combate certificados en Afganistán. Llegó al EADA hace 18 años, pero no siempre estuvo destinado allí. Pasó por Murcia, León y Madrid y de vuelta a Zaragoza, al Escuadrón, porque se sentía con fuerzas y ganas de participar en misiones de alta responsabilidad. «Nosotros proporcionamos al mando la posibilidad de inserción del resto de la fuerza. De los aviones que llegan a las pistas que hemos preparado se bajan todos los que participan en una misión, desde mecánicos, hasta veterinarios o boinas verdes».

■ Cabo primero Rafael Cantero Luque, segundo jefe del CCT

«EN NUESTRA CABEZA NO CABE EL ERROR»

Esta especialidad exige una dedicación completa y exhaustiva. No podemos esperar a que el mando nos encomiende una misión para empezar a entrenar». El adiestramiento es, para el cabo primero Rafael Cantero, la clave del éxito en su trabajo. «Y no me refiero sólo a ejercitar el físico sino a practicar con los medios técnicos y convertirnos en expertos en supervivencia, camuflaje e infiltración», puntualiza. Porque como él mismo explica, los CCT no son una unidad de combate propiamente dicha sino «una unidad que se infiltra, prepara una zona y tiene que ser invisible a los ojos del enemigo».

De los 20 años que lleva en las Fuerzas Armadas, el cabo primero ha pasado diez en la Academia General del Aire, donde era escolta de autoridades en la sección de intervención inmediata, y otros diez en el EADA —tres de ellos en los CCT—. «No soy una persona a la que le guste estar en una oficina. Este destino me ofrece una vida laboral muy activa, acorde con mis esperanzas», señala. Ha estado desplegado en Afganistán siete veces, en Chad y ha participado en una evacuación de personal no combatiente en Líbano.



«Entrenamos en alta montaña, desierto, agua... para poder infiltrarnos en cualquier lugar»



■ Cabos David José del Riego y Javier Morales y soldado Daniel González, ayudantes del CCT

PASIÓN POR EL PARACAIDISMO

Para estos tres ayudantes de Equipo de Controladores Aéreos, el EADA ha sido su único destino desde que ingresaron en las Fuerzas Armadas. También a los tres les une su pasión por el paracaidismo y aseguran que ser los primeros en llegar a la zona de operaciones, más que una responsabilidad, es una satisfacción. Son los encargados de balizar y señalizar las pistas, protegerlas y proporcionar al controlador los datos que faciliten la entrada de aviones y la toma de paracaidistas. Como dice su jefe, «ellos lo hacen todo para que yo sólo tenga que hablar con la aeronave».

El cabo del Riego lleva diez años en el Ejército del Aire y cuatro en los CCT. Ingresar no fue difícil. «Me pedían estar en buena forma física, no tener lesiones, ningún defecto visual y poco más», explica. Pero rápidamente se dio cuenta de que lo duro

llegaba después. «Una vez dentro de la sección, la preparación es muy intensa». En algunas misiones, su posición está en cabecera de pista. «Entonces llevo una ametralladora con más potencia de fuego que la del resto del equipo, porque tengo que darles cobertura». En esa posición también lleva, entre otro material, un anemómetro, «para obtener los datos sobre el viento en esa zona».

El cabo Morales, por su parte, llegó al EADA siguiendo los pasos de su hermano. Fue hace nueve años y en los últimos cinco, forma parte de los CCT. En este tiempo ha hecho el curso de lanzamiento paracaidista en manual y el de jefe de salto. «Aquí siempre hay algo que aprender», señala, porque su trabajo abarca muchas disciplinas. Además de ser buenos paracaidistas, deben avanzar sin ser descubiertos desde el punto de caída hasta la zona de operaciones,

observar el área donde van a construir una pista de aterrizaje, montarla, protegerla y seguir recopilando los datos que, en un momento dado, pueda solicitarle el controlador para facilitárselos a las aeronaves.

El más nuevo en este equipo es el soldado Daniel González que ingresó en las Fuerzas Armadas, en 2009, porque su trabajo como mecánico le resultaba «monótono». En su caso, como en el de su compañero, también tuvo mucho que ver el tener un hermano militar. Es consciente de que para cumplir con su trabajo es necesario mantener un duro adiestramiento diario. «Tan importante es estar en buena forma física como estudiar. Recibimos conocimientos de topografía, endurecimiento de terrenos, armamento, control de equipos, etcétera», explica. Y, por supuesto, ser un buen paracaidista. «Es lo más difícil, pero también lo más bonito», concluye.